

Sergio Hernández Galindo*

Tres relatos históricos recuperados por Shozo Ogino

Shozo Ogino nació en la ciudad de Ishioka, perteneciente a la prefectura de Ibaraki, al norte de la capital, Tokio. Estudió en la prestigiosa Universidad de Waseda, donde se especializó en literatura japonesa.

A los pocos años de graduarse, en 1970, decidió viajar a México sin conocer a nadie en particular. El contacto de ese joven con la vida cotidiana del barrio de Vallejo, donde se alojó, lo atrapó durante ese primer año de estancia. La gente, los mercados, los colores, olores y sabores lo cautivarían de alguna manera y harían que decidiera buscar trabajo y quedarse por una larga temporada. En ese entonces, consiguió su primer trabajo como profesor de japonés en la escuela anexa a la embajada de su país, lo que le permitió establecerse en México. Posteriormente, en 1975, ingresó como encargado de la publicación de un diario, *Nichiboku* (Mexico-Japón), de la comunidad de emigrantes. El periódico le permitió conocer con mayor detalle la historia y la vida de la comunidad de emigrantes en México y, al ir conociendo a los pioneros de la emigración que habían llegado a México a principios del siglo xx y de sus descendientes, se fue integrando emotivamente a esas raíces, que lo anclarían en México definitivamente.

En 2016 publicó su libro *Umi o koete gohyakunen* (500 años de atravesar el mar), un extenso estudio de las relaciones entre México y Japón muy bien ilustrado, con gran cantidad de fotografías. Los primeros tres capítulos —de un total de trece— revisan los contactos entre México y Japón del siglo xv al xix, hasta el momento en que, en 1888, se establecieron formalmente las relaciones entre ambas naciones. A partir del capítulo IV, Ogino, a lo largo de casi 400 páginas, expone la gran diversidad de historias, anécdotas y acontecimientos que, desde la primera oleada de emigrantes que arribaron a Chiapas, se sucedieron a lo

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.



La primera tienda de El Nuevo Japón, enfrente de la Alameda Central (1910). Colección Shozo Ogino.

largo de todo el siglo xx. Desde la propuesta del autor, los emigrantes se tornan en el eje de las relaciones entre México y Japón. Con el olfato muy agudo de periodista, el autor recrea los acontecimientos que enfrentaron a lo largo y ancho del país las diversas comunidades de emigrantes. Las historias personales de muchos de ellos conformarían un ameno mosaico de vivencias que contribuirían a entender la complejidad de los emigrantes japoneses incrustados en la historia del siglo xx mexicano. El libro resulta indispensable para aquellos que se adentren en la historia de la emigración japonesa a México; constituye además la culminación de la gran cantidad de entrevistas que Ogino realizó a lo largo de más de 45 años de estancia en este país, tarea que le permitió convertirse en uno de los conocedores mejor documentados de los japoneses en México.

Sobre su trabajo elegí como botón de muestra tres historias que nos dan una idea del México que vieron esos emigrantes y de cómo se insertaron en él antes y durante la Segunda Guerra Mundial.

La primera historia corresponde a Heijiro Kato y a su yerno, Heiji Kato, quienes fundan una de las tiendas departamentales más importantes de esa época, El Nuevo Japón. La historia también muestra la participación de Heiji en el enfrentamiento entre Japón y Estados Unidos.

La segunda historia corresponde al pintor Isamu Noguchi y la fascinación por el México que Diego Rive-

ra y Frida Kahlo recrearon, el cual atrajo a pintores como Noguchi, quien pintaría un mural en el mercado Abelardo Rodríguez, situado a unas cuadas del Zócalo de la Ciudad de México. La historia también muestra la atracción que Frida ejerció sobre el joven pintor japonés, situación que provocó su salida del país.

Por último, reproduzco un trozo de la vida de Tatsugoro Matsumoto —más que el relacionado con su importante papel como florista y constructor de jardines— que muestra su faceta como organizador de la comunidad de emigrantes concentrados por orden del gobierno mexicano en la Ciudad de México al estallar la guerra.

La corporativa Kato crea una tienda departamental en México que rivaliza con Liverpool y El Palacio de Hierro

Heijiro Kato, quien fue llamado “el pionero del comercio en Centro y Sudamérica”, nació en Kanazawa en 1872.

Heijiro, después de haber recibido un entrenamiento en una recaudería en la ciudad de Hakodate y en una tienda mayorista de productos marítimos y mariscos, a los 23 años de edad inició una firma comercial que comprendía pañuelos bordados de seda, chales, vestidos, manteles, etcétera. Era la época en la cual, en Tokio, corría el tranvía tirado por un caballo desde Ueno hasta Shinbashi.

Kato comenzó a hacer tratos con México en 1899; su primer negocio fue exportar pañuelos de seda con valor de 500 dólares. Después de eso, la Compañía Corporativa Kato expandió sus logros de manera favorable, y en 1926 llegó a tener sucursales tanto en México como en Argentina y expandió sus negocios a Chile, Perú, Panamá y Cuba. Justo por ese tiempo, había quebrado el Comercio Suzuki, que era del nivel de las grandes compañías, como la Mitsui y la Mitsubishi. Por ello, seis empleados de esa compañía, de la sucursal de Nueva York, negociaron —cada uno por su cuenta— con Kato para fundar la sucursal de la Corporativa Kato en aquella ciudad. Al mismo tiempo, su ímpetu lo llevó a expandir su negocio a Australia y Colombia.



Interior de El Nuevo Japón (1932) (México, El Gran Tesoro). Colección Shozo Ogino.

En 1902, Heiji Nakamura, nacido en Hamamatsu y graduado de la Facultad de Español de la Universidad de Estudios Extranjeros de Tokio, se incorporó a la Corporativa Kato. Heiji se casó con la hija del presidente de la compañía, convirtiéndose en Heiji Kato, y fue enviado a México. Era el año de 1929.

A Heiji se le encargó la sucursal de México, denominada El Nuevo Japón, una tienda departamental cuyo comienzo fue la venta de artículos que habían sido presentados en la Exposición Japonesa que se llevó a cabo durante el aniversario del centenario de la Independencia de México en 1910.

La tienda estaba situada justo enfrente de la Alameda Central y ofrecía té a las personas que pasaban por la avenida Juárez. Después, como el espacio ya no era suficiente, se mudaron a la calle de 16 de Septiembre; era una tienda de gran escala, que tenía 30 metros de frente, 45 metros de profundidad y tres pisos.

El Nuevo Japón llegó a ser una de las seis tiendas más grandes, junto con El Palacio de Hierro, Liverpool, El Puerto de Veracruz, La Gran Sedería y el Centro Mercantil.

En su interior, los artículos se presentaban en muy poco espacio: artículos de cerámica, artículos laqueados, muebles finos de bambú y, a un lado de las escaleras, había 10 bicicletas para niños. En el fondo había un florero de porcelana de Satsuma de 2 metros de altura y katanas (espadas) japonesas. Atendían a los clientes seis dependientes japoneses —enviados de la matriz— y veintidós mexicanos. Además, la administración de la tienda departamental incursionó en el envío de paquetes de productos de exportación y venta de boletos de pasajeros como agencia mexicana de correo marítimo de Japón.

Años después, El Nuevo Japón se mudó justo enfrente de la tienda departamental Liverpool, muy cerca del Zócalo de la ciudad. En la contraesquina estaba la otra gran tienda, El Palacio de Hierro. El Nuevo Japón era el doble de grande de la tienda de antes. Cuando Liverpool tenía sus grandes baratas, el Nuevo Japón hacía sus planes de ventas de liquidación. La tienda estaba a reventar y se creaba un gran bullicio con un éxito enorme. Los resultados económicos de la compañía se expandían favorablemente e incluso



Cerca de 100 personas, entre empleados y sus familias, reunidos enfrente de la tienda antes de la partida del viaje de los empleados (1932). Colección Shozo Ogino.

empezó también a administrar compañías de botones de concha y lápices.

Además de la tienda departamental, Kato también obtuvo enormes ganancias con la importación de rayón, y El Nuevo Japón edificó sus nuevas instalaciones de seis pisos en la esquina de las calles de 20 de Noviembre y El Salvador.



Directivos de El Nuevo Japón, quienes realizan una ofrenda floral en la Columna de la Independencia. Heiji Kato es el cuarto personaje, de izquierda a derecha (22 de diciembre de 1935). Colección Shozo Ogino.

Antes de la guerra, por petición del ejército japonés a través de la embajada, Heiji Kato envió a Japón municiones. Compró una mina en las cercanías de Toluca y envió fluorita a Japón. También remitió mercurio en frascos camuflajeados de resina de pino, exportándolos de manera secreta. Logró hacer este trabajo con éxito varias veces, pero una vez, mientras lo embarcaba en el puerto de Manzanillo, un obrero resbaló y dejó caer una caja de resina, con lo cual se derramó el mercurio. El cónsul estadounidense que checaba los trabajos de carga señaló a Heiji como un individuo peligroso, por lo que el FBI llegó a vigilarlo día y noche.

Al comenzar la guerra, Heiji se mantenía cada día más ocupado. Dentro de la embajada arrestaron a cerca de cuarenta personas; con excepción del embajador, el resto no tenía en absoluto contacto con el exterior. Escribían algunos mensajes en la ropa enviada a la lavandería; la función de Heiji era recibir los mensajes. Por esos tiempos, El Nuevo Japón sufrió un incendio provocado, en el que se quemaron el tercer piso, que

era el almacén de juguetes de celuloide, y los pisos superiores. Después de un tiempo, en 1942 la tienda fue confiscada por la “Oficina de Confiscación de Bienes del Enemigo”, organismo creado por el gobierno mexicano. La casa de Heiji era vigilada en la entrada principal y en la trasera por autos del FBI, que permanecían estacionados las 24 horas. Heiji se quedó sin nada que hacer, por lo que se dedicó a reunirse con sus amigos alrededor de una mesa de mahjong desde el mediodía.

Un día, Heiji fue llamado por el embajador de Portugal, que mantenía una posición neutral y protegía los intereses de Japón al estallar la Guerra del Pacífico. El embajador le dijo: “Te tienen bajo la mira. Para ti es peligroso quedarte de este modo en México. Te aconsejo que regreses a Japón en un barco de intercambio”.

Heiji vacilaba ante la idea de abandonar de ese modo El Nuevo Japón. Pensaba que era cobarde el salir huyendo sólo porque era peligroso. Sin embargo, su vida no tenía garantías si se quedaba en México. La contraparte no era el gobierno mexicano, sino una asociación secreta del país enemigo. No se podía prever qué métodos utilizarían.

“Si me quedo así en México, valgo lo mismo que un perro muerto. Si continúo con vida, podré ser de alguna utilidad”, se dijo a sí mismo Kato, por lo que regresó a Japón en un barco de intercambio. Antes de partir, le comentó a un amigo alemán: “Aún me queda trabajo pendiente en México”, y unos días después ese amigo se suicidó con una pistola. Tenía el arma en la mano derecha, pero él era zurdo.

El 4 de noviembre de 1940 se llevó a cabo en la plaza Tokio el Encuentro de Compatriotas en el Extranjero, con el propósito de conmemorar el aniversario 2600 del emperador Jimmu. Se reunieron 1600 delegados de 27 países; por parte de México participaron tres personas: Takaichi Hojyo, Tsunejiro Ashida y Heiji Kato.

Kato tenía 38 años. En la reunión por regiones, pronunció el siguiente discurso por el que recibió una lluvia de ovaciones:

Los Estados Unidos ahora mismo continúan sus esfuerzos vigorosos por someter bajo su dominio a 25 países

de Centro y Sudamérica, teniendo como base a México mismo. Sin embargo, no es que México se someta sin protestar. Por ello Estados Unidos continúa con tácticas que traen un beneficio monetario en dólares para México.

Por estos tiempos, si no se llevan a cabo medidas diplomáticas de importancia enviando a México un emisario de alto nivel por parte de Japón, México va a unificar su marcha con la de Estados Unidos y también va a comenzar un bloqueo económico en contra de Japón. Se debe enviar de inmediato a un gran personaje a México sin tardar un día más.

Kato envió escritos en el mismo tono a periódicos japoneses.

Isamu Noguchi pintaba un mural en un mercado, mientras se repetían sus encuentros secretos con Frida Kahlo

Isamu Noguchi nació en Los Ángeles en 1904. Su padre era el poeta Noguchi Yonejiro y su madre era la estadounidense Léonie Gilmour, maestra de escuela primaria.

Noguchi quería hacerse médico; sin embargo, se decidió finalmente a estudiar escultura. Sus estudios los realizó en Francia, China y Japón. Llamó la atención con su estilo característico de simplicidad oriental. Su actividad se extendió a ramas variadas, como el diseño de jardines, de muebles y el arte escenográfico. Entre sus principales obras está el jardín de rocas en la sede de la UNESCO.

Isamu, en su juventud, realizó esculturas en escenarios de Nueva York y en 1935, al conseguir la beca de la Fundación Guggenheim, decidió trasladarse a México. Participó en el proyecto en el que varios pintores realizaron murales en el mercado Abelardo Rodríguez, ubicado al norte del Zócalo de la Ciudad de México. Estuvo dedicado a su obra durante ocho meses. El mercado Abelardo Rodríguez fue construido en 1934, y su nombre se le dio en honor del ex presidente. Dentro del mercado había instalaciones como un salón y una biblioteca. Adjuntos tenía unos espacios culturales así como una guardería infantil; en aquel entonces era un



Retrato de Isamu Noguchi.

mercado del que México se enorgullecía. En sus paredes internas se realizaron diversos murales pintados por diez artistas: seis jóvenes mexicanos, tres estadounidenses e Isamu Noguchi; todos ellos dirigidos por Diego Rivera. En el mural en relieve cuyo título es *La Historia de México*, Noguchi utilizó cemento y ladrillos rojos. Los temas principales que se plasmaron refieren a obreros oponiéndose al fascismo y al nazismo; la fuerza de agricultores y mineros, así como la discriminación racial. La dimensión de la obra es de 2 metros de altura por 22 de largo; la obra está repleta de cráneos, grúas, obreros aplastando la esvástica o cruz nazi, un puño gigante que se yergue e incluso una hoz y un martillo, símbolos del comunismo.

El gobierno mexicano, que había caído en serios problemas económicos, pagó a Noguchi, como honorarios por los ocho meses, la cantidad de 88 dólares. Isamu agotó los 600 dólares que había recibido como

beca de la fundación, vendió el auto que había venido conduciendo desde Nueva York y regresó a su país.

Se dice que el mural de Isamu es uno de las cuatro grandes obras de este tipo en México junto con los de las secretarías de Gobernación y de Educación Pública, junto con el del Palacio de Bellas Artes. Sin embargo, pocas personas lo visitan y, como ha sido grave su deterioro, desde 2009 se han realizado obras para su restauración. Se calcula que la obra de Noguchi, que está pintada en la parte superior de la entrada principal del mercado, actualmente tiene un valor de más de dos millones de dólares.

Por otra parte, se dió un encuentro —desbordante de pasión— entre el apuesto Isamu y Frida Kahlo que resultó inevitable. Desde el primer instante que la conoció, Isamu quedó cautivado por Frida: “Estaba loco por ella. Frida era encantadora. Era una persona en verdad atractiva”, así la añoraría Isamu años después. Ella era la esposa de Diego Rivera, quien



Mercado Abelardo Rodríguez. Sobre esta entrada se encuentra la obra de Noguchi.

dominaba la escena artística de México; pero Isamu, sin intimidarse, tuvo citas secretas con ella, cambiando los lugares de encuentro de manera constante. Frida, quien era tres años menor que él, se apasionó por Isamu, y casi no se encontró con el lienzo, disfrutando de sus citas. La única obra que dejó de esa época fue *Unos cuantos piquetitos*.

Isamu y Frida idearon un plan con el propósito de compartir un departamento para sus citas secretas.



La obra de Isamu Noguchi en el mercado Abelardo Rodríguez.

Compraron los muebles, pero los de la mudanza creyeron que pertenecían a Frida y a su esposo, por lo que los llevaron a la casa de San Ángel. Al llegar los muebles, Diego Rivera los recibió, se puso colérico y salió en seguida a la Casa Azul, en Coyoacán. En esa casa vivía la hermana de Frida, un año menor que ella y con quien Diego también tenía una relación amorosa. La sirvienta avisó a Frida que Diego había llegado e Isamu se puso la ropa a toda prisa, pero el perro saltó sobre uno de los calcetines y huyó, llevándose en el hocico. Isamu trepó a un naranjo que estaba en el patio y se alejó por el tejado. Diego lo persiguió con pistola en mano. Días después, Isamu fue a visitar a Frida, quien estaba internada porque el estado de su pierna derecha había empeorado. En el cuarto del hospital se encontraba también Diego y cuando vio a Isamu desenfundó la pistola y lo amenazó: “La próxima vez que nos veamos te voy a meter un balazo”.

Frida sufrió reiteradas cirugías que no tuvieron efecto favorable y, finalmente, la pierna le fue amputada años después. Murió en 1954 a los 47 años de edad. Isamu Noguchi falleció en un hospital de Nueva York 34 años después. Tenía 84 años.



Tatsugoro Matsumoto (1954), miembro del comité directivo de la asociación de emigrantes japoneses Kyoei-kai.

La hacienda El Batán abre sus puertas a los japoneses desplazados por la guerra

Para la crianza de árboles se necesitaba de terrenos extensos. Tatsugoro Matsumoto fue comprando uno tras otro, tanto en la Ciudad de México como en Morelos y el Estado de México. Fue una secuencia de comprar y vender en la que la extensión de las propiedades de Matsumoto llegaron a sumar más de 3 000 hectáreas. Tenía además una granja en Michoacán y ranchos en Texcoco, con lo que sus propiedades alcanzaron las 5000 hectáreas. Después de la guerra, incluso llegó a adquirir en Japón unas 400 hectáreas en las ciudades de Mito (prefectura de Ibaraki) y de Ito (prefectura de Shizuoka). Durante su vida, Matsumoto logró poseer más de 8 000 hectáreas, cuya distribución, por la compraventa, cambiaba constantemente.

Cuando comenzó la Guerra del Pacífico, los japoneses de todas las regiones de la república fueron concentrados en la Ciudad de México. En la capital se encontraba la Asociación Mexicana de Emigrantes Japoneses, pero fue disuelta al estallar la guerra y se creó una nueva asociación colectiva cuyo objetivo era ayudar a los desplazados: el Kyoei-kai. Tatsugoro Matsumoto se convirtió en uno de los miembros del comité directivo, y casi a diario recibía a los japoneses que llegaban en tren desde provincia. El trabajo era agobiante por la atención que debía darle a los desplazados.

En un principio, los concentrados fueron asignados a las casas de los japoneses que ya vivían en la Ciudad de México, pero no se les podía dar alojamiento a todos por la gran cantidad que llegaba. Matsumoto abrió entonces su hacienda denominada El Batán (200 hectáreas en las que ahora se construyó la Unidad Independencia) que se encontraba cerca del barrio de San Ángel, al sur de la ciudad. Dentro de la hacienda había una construcción que parecía castillo, en ésta se dio atención a un total de 900 japoneses.

El matrimonio Matsumoto, casi a diario, hacía los preparativos para la venta de verduras. Entre los concentrados había sentimientos complejos hacia los japoneses que vivían en la ciudad y que no habían sido afectados por la guerra, por lo cual, al parecer, el matrimonio padeció bastante.



Sanshiro Matsumoto, hijo de Tatsugoro.